

EL CONOCIMIENTO SOCIOLÓGICO Y LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA¹

Dr. Jorge Hernández Martínez

Entre las esferas específicas o subsistemas que conforman la sociedad, la política es, probablemente, la que mayor atención ha recibido por las ciencias sociales y la que cuenta con mayor antigüedad en su definición como objeto de la reflexión científica. En su estudio convergen diversas disciplinas como la filosofía política, ciencia política, psicología política, antropología política y la sociología política. En rigor, se trata de abordajes que, por encima de las diferencias entre las teorías y conceptos de partida, comparten la certeza de que para comprender el comportamiento social del hombre, su ligazón con la sociedad global y con las demás esferas o subsistemas -como por ejemplo, la economía y la cultura-, es necesario entender antes el universo político.

Con independencia de las diferentes adscripciones teóricas e ideológicas, podría decirse que cuando se habla de la política como objeto del conocimiento social se coincide en que se trata de una región de la totalidad social en la que se expresan posiciones de poder, intereses económicos, relaciones y diferencias de clase, entramados de dominación, símbolos de autoridad, niveles de jerarquía y subordinación, prácticas de control o represión. Como regla, se asume también la presencia protagónica en esa esfera de cuerpos institucionales, como el Estado, el Derecho, los partidos y grupos de presión, y aunque no ocurre siempre, cada vez más se incluye en ese universo a fenómenos como la llamada sociedad civil, la socialización, la cultura y la ideología políticas. A pesar de las diferencias entre las propuestas de corrientes clásicas en las ciencias sociales, como el positivismo, el neokantismo y el marxismo, no hay duda acerca de la pertinencia que todas le reconocen al

¹ Este artículo ha sido publicado en el libro Emilio Duharte Díaz (Compilador) y coautores: *La Política: Miradas Cruzadas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

poder, las clases sociales, la dominación, la autoridad y al Estado, como espina dorsal que sostiene y dinamiza los distintos sistemas políticos que han existido, desde la sociedad esclavista hasta la actualidad. Con disímiles conceptos y ponderaciones, esa podría ser la conciencia común de autores clásicos, cuyas orientaciones teóricas son bien diferentes, como Comte, Marx y Weber.

Sobre la base de esta constatación, y asumiendo la perspectiva de que la política es un fenómeno histórico, con un carácter contradictorio, cambiante y sumamente complejo, el presente ensayo se propone una meta limitada: explorar el proceso mediante el cual la política se convierte en objeto de atención para la sociología, argumentando la particularidad de la mirada con que esta disciplina -a diferencia de otras ciencias sociales- define su posición científico-epistemológica y se acerca a los fenómenos que estudia, incluidos los de connotación política.

Las notas que siguen no tienen pretensión alguna de exhaustividad ni de sentido conclusivo. Más bien se ubican en el terreno de la búsqueda, la polémica y el intercambio con otros estudiosos. Su intención única es presentar puntos de vista que se derivan de la experiencia docente e investigativa de su autor, acumulada en el estudio de la historia de la sociología, la teoría y la metodología sociológica y politológica, por requerimientos de la enseñanza universitaria, y de la investigación de procesos sociopolíticos vinculados a las relaciones internacionales, por imperativos de la práctica social.²

I

El debate acerca de las características diferenciales, las semejanzas, puntos tangenciales o de superposición de las diferentes ciencias sociales (sobre todo de las particulares) no es algo nuevo, pero tampoco algo terminado. Es lógico que así sea, toda vez que, en definitiva,

² Una versión abreviada de estas ideas fueron presentadas en una mesa redonda en el marco del V Encuentro Internacional de Estudios Políticos en enero de 2003, coordinada por el Dr. Emilio Duharte Díaz, Jefe del Departamento de Filosofía y Teoría Política para las Ciencias Sociales, Económicas y Humanísticas de la Universidad de La Habana.

todas comparten el campo de estudio en su sentido más amplio (la sociedad), si bien cada una de ellas se detiene en alguno o algunos de sus componentes. Esa discusión, referida tanto al objeto como al método y funciones cognoscitivas de la filosofía de la historia, la ciencia histórica, la sociología, antropología, ciencia política, psicología social, antropología cultural, se manifiesta también, desde luego, en aquellas especializaciones dentro de cada una de las disciplinas citadas, que verticalizan sus indagaciones en determinados problemas. En su mayoría, ellas contienen, en tal sentido, vertientes que se ocupan, por ejemplo, de la familia o de la economía, con lo cual se habla y se defienden esferas de competencia teórica y metodológica determinadas para una psicología de la familia, y una sociología de la familia; o para una historia económica y una sociología económica.

Antes de llegar a estas especificaciones, en el caso que nos concierne se impone, al menos, comprometer el criterio de partida con el que este ensayo asume la demarcación de la sociología como ciencia social. Con razón, decía Lucio Mendieta y Núñez que “lo que distingue a la sociología de las otras ciencias sociales es la extrema complejidad de los fenómenos que estudia (...). La sociología estudia lo que es común a todos los fenómenos sociales y cómo se hallan relacionados entre sí los elementos no comunes de esos fenómenos. Esto no se encuentra en ninguna otra ciencia de la sociedad (...). Para lograr el conocimiento científico de la sociedad era necesario que se ocupara de estudiarla en su conjunto, como un todo, como resultado de un entretejido de los fenómenos sociales investigados por cada una de las diferentes ciencias sociales; que estudiara la forma en que los diversos fenómenos colectivos se integran en la vida social; pero no desde un punto de vista filosófico, trascendente, puramente especulativo, sino desde el punto de vista de las realidades concretas científicamente captables y comprobables. Así ha llegado la sociología, en la actualidad, a la cabal determinación de su objeto y contenido, como ciencia autónoma de la realidad social”.³

³ Lucio Mendieta y Núñez: “La sociología y la investigación social”, en *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, México, No. 5, Sept.-Oct., 1970, pp. 101-104.

Bajo esta comprensión -a la que se adscriben las presentes notas-, queda claro que la sociología se interesa legítimamente en la diversidad de fenómenos y procesos que acontecen en la sociedad, tanto desde el punto de vista histórico y demográfico, como étnico, psicológico, económico y cultural. Lo que le brinda al conocimiento sociológico su especificidad no lo es, por consiguiente (como ocurre con otras ciencias sociales particulares, con la excepción de la historia) la aprehensión de tales o cuales aspectos, sino la visión de conjunto, el enfoque abarcador, holístico, que busca y establece el entramado de interrelaciones entre los distintos factores, fenómenos, procesos, que coexisten -en una relación dialéctica, en la que se excluyen y presuponen mutuamente- en la sociedad, asumida ésta como un todo, o sea, como un sistema o formación social, definido por coordenadas histórico-concretas, en términos espacio-temporales.⁴

Como disciplina científica que procura independizarse dentro del mosaico de las ciencias sociales, la sociología nace en Europa, entre las décadas del cuarenta y del cincuenta del siglo XIX, como una forma discursiva consustancial a la modernidad. Echando mano a los métodos de las ciencias naturales en boga, y a las concepciones que daban cuenta del dinamismo e interrelación de los fenómenos bajo estudio, compromete sus visiones del mundo y su vínculo intelectual con la realidad a partir de intereses de clase, de identificaciones políticas, en una escena posterior a la revolución francesa, definida por el ascenso del capitalismo, oscilando entre las pretensiones de legitimación del orden burgués, de una parte, y de su subversión revolucionaria, de otra.

En la medida en que los efectos de la mencionada revolución burguesa se consolidaban, y se abría paso luego un proceso de expansión de derroteros parecidos por los distintos países europeos que establecían de modo ejemplar el modo de producción capitalista en Francia, Inglaterra, Alemania (que algo después se expresaría también en América del Norte, como consecuencia de la guerra civil en Estados Unidos, en los decenios de 1860-70), la sociología aparece a través de dos versiones contrapuestas. Por un lado, el positivismo social de Comte, que hace suyo el imperativo de estudiar las instituciones, colocando el estudio del orden y el progreso en el centro de la teoría sociológica, junto al despliegue de

⁴ *Ibidem*.

la metodología basada en la observación, la comparación y la experimentación. Heredera del conservadurismo, se apegaba a la defensa y justificación del orden establecido, a la perpetuación del joven Estado burgués. Sus fundamentos remitían al idealismo filosófico, la metafísica, el reduccionismo gnoseológico. Su aspiración de objetivismo subestimaba los aspectos subjetivos. Por otro lado, la concepción de la historia aportada por Marx, empeñada en el examen de las relaciones sociales, servía de base a una sociología de base filosófica materialista y método dialéctico, argumentaba la necesidad y posibilidad de cambiar el orden social vigente y proponía una alternativa afincada en los intereses de la clase obrera, que conllevaba arrebatar el poder estatal a la burguesía. Su sentido de la objetividad no respondía a la adopción del rasero cognoscitivo de la biología y la física, sino a una asunción de condicionamiento social del conocimiento, que replanteaba el enfoque de la subjetividad.

De esta manera, desde su nacimiento, la sociología como ciencia social autónoma -o al menos, relativamente independiente-, aparece en el horizonte del pensamiento social como una suerte de bifurcación intelectual, en cuya estructuración se afianzan, de modo prácticamente paralelo, en medio de un proceso que no es lineal y que hasta cierto punto posee lógicas de desarrollo propias, el paradigma del positivismo y el del marxismo. En ambos casos, la mirada a la totalidad social se construía a partir de modelos bien diferenciados, y hasta contrapuestos, que se alejaban de las formulaciones abstractas inherentes a la filosofía de la historia y clamaban por la interpelación empírica de la realidad. En el primer caso, lo apuntalaba el afán por el equilibrio, la integración, la continuidad, la estabilidad, la reproducción sistémica. En el segundo, su soporte radicaba en la conciencia del cambio, el conflicto, la ruptura, la transformación del sistema. Un modelo suponía el consenso, el acuerdo, la norma. El otro, la contradicción, la lucha, la revolución. En los dos enfoques, se prestaba atención central a cuestiones -de modo implícito o explícito, directo o indirecto, bajo unas u otras denominaciones- como el poder. Ello llevaría, con posterioridad, a nociones y fenómenos asociados, como los concernientes a la dominación, la autoridad, el Estado, la ideología, las instituciones políticas, la democracia.

En este sentido pudiera afirmarse que la sociología conformó su agenda temática, muy tempranamente, en el contexto de las revoluciones burguesas, de los cambios políticos y las transformaciones industriales y tecnológicas, aprehendiendo “lo social” a través de representaciones, nociones, conceptos, problemas. En este marco, era inevitable la ponderación de “lo social” en términos “puros”. La representación, la noción, la conceptualización o problematización de “lo político”, así como todas las construcciones en torno a ella, serían un punto de detección, identificación, reflexión, en la estructuración misma del debate sociológico originario, en la articulación de la sociología clásica. Lo “político” contaminaba, de manera inevitable, la percepción y el abordaje de lo “social”. De ahí que no pudiera hablarse, por ejemplo, de modo “sociológicamente puro” de las instituciones -asumiendo solamente la familia, el matrimonio, la iglesia-, sino que de inmediato la mirada y la inquietud se detenían también (¿o incluso primero?) en el Estado y el Derecho.

Quizás contribuya a iluminar esa particularidad, en el sentido de precisar, aunque sea por implicación, la incorporación de la política como objeto del conocimiento sociológico en un proceso de intelección que posee una connotación histórico-genética, la siguiente precisión de Pierre Bourdieu: “La sociología se opone a las prudencias de la conveniencia académica que inclinan a la retirada hacia objetos seguros; pero se opone también a las falsas audacias del ensayismo o a las imprudencias arrogantes del profetismo. Desechando la alternativa en la que se encierran quienes prefieren equivocarse con Sartre a tener razón con Aron, o, al contrario, la del humanismo decisorio que se considera generosidad y la de la indiferencia desencantada que se quiere lucidez, su objetivo es someter, todo lo posible, la actualidad a las exigencias ordinarias del conocimiento científico”.⁵

El establecimiento de la formación económico-social capitalista llevó consigo, mediante el contrapunteo con los vestigios del absolutismo feudal, un gradual y acelerado afianzamiento de prácticas y valores democráticos que se expresaron en la ampliación de la participación a través del sufragio universal, la definición de las estructuras de la burocracia

⁵ Pierre Bourdieu: “La ciencia y la actualidad”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, marzo de 1986, No. 71-72, pp. 2-3.

a gran escala, la perfilación de los partidos políticos, la difusión de los códigos que impuso la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Con el advenimiento de la modernidad la política, podría decirse, adquirió una mayor y más definida carta de ciudadanía en el universo social. Con ello, la política se erigió en forma de conciencia dominante, a través de la cual el sujeto producía, traducía y reproducía su actividad clasista en las más diversas esferas, sobre la base de imperativos económicos y de relaciones de poder que se manifestaban a nivel material y espiritual.

En cierto modo, como lo sería en su momento la religión, la política se expresaría paulatinamente mediante fenómenos, relaciones e instituciones, ocupando un lugar preponderante en la sociedad. La consolidación del Estado nacional como entidad social, legal, política, que configura y estrecha los lazos entre los ciudadanos, grupos sociales y países, unido a la sedimentación de las relaciones capitalistas, comienza a primar -con mayor o menor fuerza, de acuerdo a las características de cada región- en Occidente; ya sea como realidad o como utopía a alcanzar. Es una búsqueda de la racionalidad en la política; y el Estado moderno -burgués por definición- es el que permite la reproducción y consolidación de esa idea a nivel social. Ello supone una estructura de poder, de relaciones de dominación, sometimiento, explotación, que la institución estatal pujante se encarga de generalizar en toda la sociedad, a través de sus diversos aparatos de coerción (jurídicos, administrativos, militares, ideológicos). Como lo resumía Octavio Paz, “en el pasado (...), fuera del ámbito político reservado a los menos (...) se extendía el inmenso dominio público de la religión en las fiestas, sus rituales y ceremonias. La Modernidad invierte los términos: la política se convierte en el dominio de todos y la religión en asunto de fuero interno (...). La política es materia de elección, decisión y opiniones personales”.⁶

En ese contexto, resulta inevitable para la naciente sociología mirar hacia la política, detenerse en la significación de comportamientos, fenómenos, relaciones, instituciones, que poseen (o adquieren) una función reguladora. De ahí que, a riesgo de esquematizar, pueda afirmarse que el estudio de “lo político” sea un campo de reflexión, un objeto de análisis, un núcleo de investigación, en las principales corrientes o paradigmas sociológicos que

⁶ Octavio Paz: “La letra y el cetro”, en *El Ogro Filantrópico*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1979, p. 303.

maduran en Europa Occidental y Estados Unidos, desde aproximadamente mediados del siglo XIX hasta las décadas que arriban a mediados del siglo XX; desde sus inicios, con Comte, Spencer, Marx, prolongándose luego con Durkheim, Weber, Pareto, hasta los enfoques de Parsons, Gramsci, Dahrendorf, Coser, Homans, Dahl, Mills, Aron, Adorno, Habermas, Touraine, Castells, Tilly, Bordieu, pasando por las expresiones que, pongamos por caso, asume la sociología en muchos países de América Latina y en los del socialismo europeo (principalmente en la Unión Soviética y Alemania Oriental). Ello involucraría nombres como los de Cardoso, Faletto, Dos Santos, Bambirra, González Casanova, Poulantzas, Schafft, Osipov, Zdravomislov, Andreeva, Yadov, Assman, Berger, Stollberg, Weiss, Dohnke. Las viejas antinomias de orden y progreso, se reproducen en las dicotomías acerca de estabilidad y conflicto, reforma y revolución, desarrollo y subdesarrollo, democracia y dictadura, a manera de ejes o constantes en el conocimiento sociológico. Desde este ángulo, podría asumirse, en una lectura acuciosa y selectiva, si bien no rebuscada ni forzada, que hasta cierto punto, la historia de la sociología es la de la sociología política.

II

Aún sin compartir el criterio expuesto, entendiendo que podría expresar una absolutización muy fuerte, que no guarda correspondencia con la realidad, no puede obviarse el hecho de que buena parte de los sistemas sociológicos y teorías de mayor renombre -el positivista, el neokantiano o weberiano, el marxista, el formalista, el empirista, el neopositivista, el estructural-funcionalista, la teoría de los ciclos históricos, la del conflicto, la neomarxista, la de las acciones colectivas- dedican tanta atención a los temas políticos como a los que se insertan en las tradiciones de la sociología urbana, rural, del desarrollo, de la familia, de los medios de comunicación, de la educación, del trabajo o industrial, económica y de las relaciones internacionales. En realidad, inclusive en esferas alejadas, en apariencia, de la problemática política, las referencias a la actividad del Estado, los derechos humanos, la participación ciudadana, entre otros tópicos, reflejan la presencia, asumida o no, reconocida o no, de relaciones y procesos políticos. ¿Sería posible negar que la sociología de la

estratificación y movilidad social, la del desarrollo, la rural o la urbana, están penetradas, atravesadas (y de qué manera) por fenómenos políticos? ¿No intervienen los partidos políticos, los movimientos sociales, las ideologías, las políticas gubernamentales, como factores facilitadores, entorpecedores o retardatarios de las dinámicas de cambio social, de participación popular, de promoción de programas de urbanización, modernización, industrialización, apertura de mercados? Estas y otras confluencias temáticas afloran a la luz cuando se intenta resumir la esencia de lo que se ha conformado, en su versión más convencional y universalmente aceptada, como tradición sociológica. De aquí que sea válida y muy gráfica la precisión que hace Jeffrey C. Alexander, cuando distingue la centralidad de cuestiones como la libertad, la individualidad y el orden para la sociología, y puntualiza que “el estudio de la sociedad gira alrededor de las cuestiones de la libertad y el orden, y toda teoría sufre la atracción de ambos polos (...) De hecho, la sociología surgió como disciplina a partir de esta diferenciación del individuo en la sociedad, pues la independencia del individuo, el crecimiento de su capacidad para pensar libremente acerca de la sociedad, permitió que la sociedad misma fuera concebida como objeto de estudio. La independencia del individuo vuelve problemático el *orden*, y esta problematización del orden vuelve posible a la sociología. Al mismo tiempo, los sociólogos admiten que hay patrones aun en este orden moderno y que la vida cotidiana de los individuos está profundamente estructurada. Esto es precisamente lo que vuelve tan preciosos los valores de libertad e individualidad. La tensión entre la libertad y el orden brinda una justificación intelectual y moral a la sociología: la sociología explora la naturaleza del orden social en gran medida porque le interesa sus implicaciones para la libertad individual”.⁷

Cuando se pasa revista a las aproximaciones más conocidas en la comunidad sociológica, que se convierten a la vez en puntos de referencia obligados en los círculos de la ciencia política -al punto que se hace extremadamente difícil discernir la raíz y el compromiso académico de los autores-, se hace imprescindible, siquiera brevemente, exponer las posiciones y definiciones de los especialistas de mayor renombre. Veamos algunas de las

⁷ Jeffrey C. Alexander: *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2000, pp. 19-20.

consideraciones más difundidas y útiles, aunque no siempre se incorporan a un esquema coherente o consecuente.

Para Duverger, cuando se refiere a la sociología y la ciencia política, como cuerpos disciplinarios, se trata de que “de manera general, las dos fórmulas designan lo mismo, es decir, sociología y política son sinónimos” (...) en ciertos países, la distinción es puramente administrativa y pedagógica. En los Estados Unidos, donde la sociología y la ciencia política constituyen de ordinario dos *departamentos* distintos de las universidades, se habla de sociología política cuando un profesor del departamento de sociología se ocupa de los fenómenos del poder, y de ciencia política cuando el estudio de los mismos fenómenos es llevado a cabo por un profesor del departamento de ciencia política. En Europa, el título de *ciencia política*, todavía poco extendido, sirve generalmente para designar el objeto de las investigaciones de especialistas, cuya formación de base es histórica o jurídica; el título de *sociólogo* se aplica más bien a filósofos de profesión, o más raramente, a personas de formación sociológica”.

“Podríase decir -añade- que la expresión *ciencia política* tiende a manifestar una cierta tendencia al estudio aislado de los fenómenos políticos, limitando así sus contactos con otras ramas de las ciencias sociales. Por el contrario, la denominación *sociología política* parece marcar una voluntad por situar los fenómenos políticos en el conjunto de los fenómenos sociales, por suprimir los obstáculos entre las disciplinas, por señalar la profunda unidad de todas las ciencias sociales. En este sentido es en el que sería preferible la expresión *sociología política*. Por otra parte, subraya también una más clara voluntad para emplear los métodos de investigación empíricos y experimentales, en lugar del razonamiento filosófico”.⁸

Según se puede apreciar, más allá de diferenciaciones administrativas, con esta última precisión, Duverger se acerca a la concepción general desde la que Mendieta y Núñez nos proponía la comprensión del horizonte de la sociología como ciencia social, con lo cual coincidimos: en el caso de la sociología política se reproduce la perspectiva totalizadora,

⁸ Maurice Duverger: *Sociología Política*, Editorial Ariel, Barcelona, 1984, p. 30.

holística, integradora de los fenómenos bajo estudio desde una óptica empírica. Como parte de su quehacer se plantea la interrelación entre los elementos objetivos y subjetivos, entre los fenómenos que forman el objeto y los que configuran el contexto en que se ubica, la conexión entre lo económico, lo demográfico, lo cultural, lo sociológico, lo psicológico y lo político, lo pasado y lo presente.

Por otra parte, según Dowse y Hughes, al referirse a la sociología política, “en algunos casos, su enseñanza se imparte en el marco de los departamentos de ciencia política; y en otros, en el de los departamentos de sociología política. El problema parece ser de importancia menor a no ser porque ni la sociología ni la ciencia política se caracterizan por tener claramente definidos su ámbito y su método. En sociología, por ejemplo, resulta obligado discutir los méritos relativos de las teorías del consenso o del conflicto social, de la llamada teoría pura frente al empirismo vulgar de los métodos cuantitativos frente a los cualitativos, etc. De forma similar, en la ciencia política el debate se centra en cuestiones tales como el conductismo frente a las formas de investigación política, a las tradiciones, la importancia del estudio comparativo, el significado del término política, y el de la posible aplicación actual de la filosofía y la teoría política clásicas. Indudablemente, la existencia de la ambigüedad en la posición de esta disciplina con respecto a la ciencia política y la sociología no hará sino desafiar toda posible elucidación definitiva”.

“Parte es consecuencia del desarrollo histórico de las ciencias sociales -agregan estos autores-, en especial de la sociología y de la ciencia política. Los primeros científicos sociales, si a tales se les puede llamar, eran extremadamente eclécticos, tanto en sus intereses como en sus métodos de análisis de la conducta social. Su preocupación no era ni la ciencia política, ni la sociología, y es probable que no hubieran comprendido esta distinción. Para ellos, la sociedad era una entidad que debía estudiarse en su totalidad, es decir, holísticamente. Los nombres de Tocqueville, Marx, Pareto, Mosca, Spencer y Weber descuellan como los héroes intelectuales de la ciencia política y la sociología”.

Para estos autores, las diferencias entre ambas disciplinas responden más bien al proceso histórico de profesionalización de la actividad académica, a la manera en que la

institucionalización del estudio universitario llevó a una o a otra definición, en términos inclusive administrativos, en muchos casos con un sentido de especialización. “Como parte de estos procesos -señalan-, la sociología y la ciencia política empezaron a alejarse, en base no tanto a diferencias conceptuales y analíticas de sus enfoques, como a criterios de carácter profesional”.

En una reflexión más precisa, Dowse y Hughes apuntan las siguientes consideraciones, cuya importancia para la clarificación nos llevan a reproducirlas en extenso: “La sociología política se ocupa de los procesos subyacentes a este hecho societal de creación normativa. Esto supone necesariamente la consideración del problema del orden social, que viene a significar que las normas creadas, de una forma u otra, son obedecidas. La razón por la que se obedecen las normas establecidas en diferentes contextos y por autoridades diferentes constituye una cuestión de gran amplitud y fundamental para la sociología política. A su vez, este interés conduce necesariamente al especialista en sociología política a estudiar las estructuras sociales, y su desarrollo, en cuyo marco se crean las normas (...); el especialista en sociología política tomará, muy probablemente, prestado su aparato conceptual del sociólogo; éste incluye básicamente la idea de una red de relaciones sociales que se analizarán a partir de conceptos tales como rol, normas, valores, estructuras y localización social, su transmisión a través de las sucesivas generaciones y el concepto de organización. (...) El área básica de preocupación para el especialista en sociología política es difícil de precisar. Pero nos inclinamos por una definición amplia de lo político, de tal modo que la limitación arbitraria de su campo de interés no sea inherente a su definición. No obstante, creemos que un área de especial preocupación para el especialista en sociología política es el problema del orden social y la obediencia política. La sociología política es, por tanto, el estudio del comportamiento político dentro de un marco o perspectiva sociológica”.⁹

Sin duda, los aspectos que puntualizan Dowse y Hughes están comprendidos dentro del campo de trabajo de la sociología política. Pero, en nuestra opinión, si lo restringimos a las precisiones finales, resultaría una visión limitada, reduccionista, del conocimiento sociológico acerca de la política. Como se ha indicado antes, en ese entramado también se

⁹ Robert E. Dowse y John A. Hughes: *Sociología Política*, Editorial Tecnos, Madrid, 1992, pp. 22-24.

sitúa una amplia gama de factores diversos, como las relaciones políticas, la cultura, la socialización y la ideología políticas, sin los cuales no sería posible reproducir la totalidad, la dimensión holística, que es consustancial a cualquier terreno de la sociología como ciencia social.

Si se acude a otro punto de vista, se aprecia que, por ejemplo, para Jorge Benedicto: “La sociología política es el campo de estudio que se ocupa de las múltiples y variadas relaciones existentes entre el ámbito de lo social y el ámbito de lo político, basándose para ello en una doble premisa: a) La política es preciso entenderla en su contexto social. b) La realidad social está intrínsecamente moldeada por los elementos políticos. Esta delimitación genérica del objeto de la sociología política pretende explícitamente obviar la controversia que ha enfrentado habitualmente a los especialistas en esta materia referida a la forma y sentido en que hay que plantearse la relación entre sociedad y política; una controversia que, además, ha estado estrechamente vinculada a la discusión sobre su *status* como disciplina (...); la sociología política se configuraría como un área de estudio fronteriza que pretende integrar las aportaciones provenientes de la sociología y de la ciencia política, (además de las otras ciencias sociales afines como la historia, la economía o la antropología) y que tiene en el tema del poder su principal objeto de investigación, teórica y empírica: las características y formas del poder, sus bases sociales, su ubicación institucional, su distribución en las sociedades contemporáneas o las consecuencias derivadas del ejercicio del poder por las diferentes instituciones políticas y sociales”.¹⁰

Aquí encontramos nuevas matizaciones que, desde nuestro criterio, complementan de modo didáctico el enfoque al que se adscribe el presente ensayo.

Para finalizar estos comentarios e interpelaciones basadas en opiniones autorizadas, acudamos a otro autor conocido, como Runciman, quien reitera un criterio parecido al de Benedicto. En este sentido, señala que cuando se habla de sociología política, debe distinguirse ante todo lo político y lo social, partiendo de que lo político expresa un tipo

¹⁰ Citado por Salvador Giner, E. Lamo de Espinosa Torres: *Diccionario de Sociología*, Ed. Ciencias Sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 749-750.

específico de relaciones (vinculadas al poder), que se manifiestan, desde que aparecen en la historia de la sociedad, en casi cualquier contexto social. Sin embargo, según sus palabras, en sentido amplio, “lo social es una categoría que comprende lo político, lo económico, lo religioso y todas las demás zonas colectivas de conducta...distinguir lo social de lo político puede parecer una tautología o una paradoja. Pero lo que se entiende por lo social es, naturalmente, en este contexto, todo lo que es social y no político”.¹¹

Tal vez convendría, para finalizar esta apretada incursión por algunas definiciones, recordar el carácter histórico de la sociología, como es inherente también al resto de las disciplinas que integran el mapa del conocimiento científico de la sociedad. No obstante, cuando se aplica este principio a la sociología política, queda claro que como especialización que se estructura en el marco de la modernidad, se beneficia de la acumulación de inquietudes y acercamientos conceptuales que, desde la filosofía de Platón y Aristóteles, constituían una suerte de plataforma o antecedentes. Es decir, no se partió de cero. Pero a la vez, es necesario tener en cuenta que desde entonces, los desarrollos ulteriores de la sociología política se verán condicionados por otros jalones históricos, asociados también a las maneras en que el capitalismo se expande, o en que la modernidad se transmuta. En tal sentido, por ejemplo, no hay duda de que los efectos de la segunda postguerra mundial son importantísimos estímulos a la consolidación profesional e institucionalización académica de la sociología política, en cuyo objeto se manifestarán las adecuaciones de las relaciones de poder, de la estructura de clases, las formas de dominación y hegemonismo, que caracterizan al sistema capitalista mundial a partir de los años de 1950. Con similares efectos, los cambios globales que décadas después (como el llamado fin de la guerra fría, basado en el desplome del socialismo como sistema y en la relativa recuperación hegemónica del imperialismo norteamericano, a comienzos de la década de 1990) tienen lugar, dejan su huella en los contenidos, enfoques, problemas, que aborda la sociología política hacia finales del siglo XX, en el marco de la restructuración internacional que se despliega sobre todo después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

¹¹ Walter G. Runciman: “Cap. II, Aparición de la sociología política”, *Sociología y Política*, FCE, México, 1966, pp 37-60, 61-85.

III

Una vez esbozada la especificidad de la mirada sociológica sobre la política y definidos los contornos dentro de los que se perfila el objeto de la sociología política, nos parece oportuno referirnos al condicionamiento que introduce, como parte de un proceso dialéctico que vincula indisolublemente al objeto con el sujeto del conocimiento en todas las ciencias sociales, la posición del científico al asumir, soslayar, subestimar, sobredimensionar, los procesos, fenómenos, relaciones que considerará en sus estudios, junto a la función cognoscitiva y social que le atribuye a su ejercicio intelectual. En gran medida, aquí se expresa, una vez más, y con renovada vigencia, la vieja tesis kantiana, retomada por el marxismo y amplificadas especialmente por Gramsci, cuando destacaba el papel de la intelectualidad orgánica. Nos referimos al elevado coeficiente ideológico que poseen las ciencias sociales, lo cual adquiere un valor agregado cuando su objeto es, nada menos, que la política.

Según lo indicaba Pablo González Casanova a raíz del desplome del socialismo europeo, como imperativo ético, se trataría de que “tenemos que hacer la sociología de los que tienen la razón y no saben cómo expresarla y menos cómo alcanzarla. En las polémicas del día deberíamos redescubrir algunas verdades elementales y, a partir de ellas, aclarar el debate actual entre el pensamiento neoconservador y lo que queda o va a nacer del marxismo, del pensamiento socialdemócrata, del nacionalismo revolucionario y del leninismo”.¹²

Cuando nos asomamos a ese debate, señala ese autor, y se sopesan las polémicas ideológicas y los proyectos políticos en curso, ello “nos coloca en una situación paradójica: al mismo tiempo que el marxismo entra en una especie de declive hegemónico, la

¹² Pablo González Casanova: “La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina”, en *Acta Sociológica*, revista cuatrimestral, FCPyS, UNAM, México, Vol.III, No. 3, Septo.-Dic., 1990, p. 93.

explotación aumenta”. Otra es la situación, por supuesto, quince años después, cuando reverdecen los movimientos sociales, las experiencias nacionalistas, se hace más profunda la nocividad del neoliberalismo, y se asumen bajo nuevas condiciones las tesis del marxismo. Sería interesante contrastar los argumentos, presupuestos teóricos, principios metodológicos, categorías y conceptos de las distintas corrientes de las ciencias sociales (y en especial, las de la sociología política), en sus versiones clásicas y contemporáneas, con las realidades del mundo de hoy. Pero sin llegar a ello, lo cual rebasaría los propósitos limitados y las páginas del presente ensayo, no estaría demás recordar la vigencia del precepto introducido por Charles Wright Mills en una antológica obra, al insistir en que los fenómenos sociales más importantes eran los cualitativos, y que el principal objetivo de rigor para un científico social debía ser el análisis cualitativo -sin que ello signifique el desprecio por la estadística, la modelación matemática, la teoría de juegos y, en general, los métodos cuantitativos.¹³

En el mundo actual, definido desde finales del siglo XX por una época de transiciones, de reestructuraciones internacionales, de crisis y recomposiciones de paradigmas teóricos, la sociología se encuentra de nuevo ante la misma encrucijada del siglo XIX en Europa; ante un dilema similar al de la sociología en América Latina en las décadas de 1969 y 1970. Se replantean contradicciones parecidas. Por un lado, las tendencias de una pretendida “sociología científica”, descriptiva, empírica, cuantitativa y sincrónica, con afanes normativos, incapaz de estudiar ni de entender el fenómeno de transición y crisis en nuestros días, haciendo un parcial análisis de estos procesos y fomentando ideas erróneas sobre las relaciones internacionales, entre los finales del siglo XX y los inicios del XXI. Como telón de fondo, se trata de recuperar el modelo de equilibrio y consenso que evoca el positivismo, el racionalismo y el funcionalismo. Por otro, resurge aquella vertiente que trata de asumir la historia y los procesos de cambio con una visión cualitativa, explicativa, desde una perspectiva crítica, con una visión diacrónica, cuyo modelo recrea paradigmas como los del conflicto social o la lucha de clases. El proceso que tiene lugar en las ciencias sociales contemporáneas expresa pluralismo, eclecticismo, fusiones, amalgamas,

¹³ Charles Wright Mills: *La imaginación sociológica*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966.

búsquedas, renunciaciones, comprobaciones, redefiniciones. No puede ser más complejo, cambiante y contradictorio. Así es la propia realidad que sirve de objeto a tales disciplinas.

Al asumir la política como objeto de estudio, recibiendo al mismo tiempo los efectos y condicionamientos que ella les impone dada su condición de sujetos del conocimiento científico, los sociólogos políticos enfrentan una disyuntiva. ¿Van a seguir preferentemente los marcos del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con una tendencia a detenerse en temas sin trascendencia, con las consecuencias ideológicas conservadoras? ¿O se van a mover en un esquema que retoma el desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con la dinámica de transición, desigualdad, hegemonismo, reestructuración, a escala internacional y de no pocos Estados nacionales?

En ese ejercicio, se han venido acumulando propuestas y enfoques, desde los del postmodernismo, las concepciones del “fin de las ideologías”, “fin de las utopías” y el “fin de la historia”, hasta la revitalización de las tesis del determinismo tecnológico, la teoría de la convergencia, la tecnocracia, la sociedad postindustrial y tecnocrática, el “choque” de civilizaciones, y las más recientes corrientes neoconservadoras. Ante los procesos políticos que tienen lugar hoy en muchas latitudes -como las de América Latina y el Medio Oriente-, las tendencias de las relaciones políticas internacionales, en las que se mezclan la globalización neoliberal, la agresividad imperialista, el terrorismo, y las experiencias políticas al interior de naciones como Estados Unidos, después del 11 de septiembre, que conmocionan su sociedad civil, su cultura y sistema políticos, o como Venezuela y Cuba, enfrascadas en el afianzamiento de procesos revolucionarios de independencia, liberación, de amplia base popular, la noción de compromiso en la sociología política se revela por partida doble: como determinación que impone el propio objeto de estudio, y como determinación que establece el condicionamiento político-ideológico del conocimiento social.

Sociólogos como Camilo Torres, en América Latina, Wright Mills, en Estados Unidos o Jesús Ibáñez, en España, hicieron suyo ese compromiso, mezclando el conocimiento sociológico y la sociología política. Hoy, como ayer, la sociología se halla ante grandes

retos científicos y políticos, pero también ante enormes oportunidades. Todo dependerá de si es capaz de sortear el peligro de que se reintroduzca en ella, una vez más, el irracionalismo, la filosofía de la historia, y se desnaturalice como ciencia social particular, así como de la forma en que asuma la noción de objetividad: si lo hace desde la perspectiva naturalista del positivismo y el empirismo, acorde con la visión weberiana de la “neutralidad axiológica”, o desde el criterio leninista, según el cual en los marcos de una sociedad de clases no puede haber una ciencia social imparcial.